

MANUEL RUIZ AMEZCUA, *Del lado de la vida, Antología poética (1974-2014)*, prólogo de Antonio Muñoz Molina, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2014, 361 pp.; y *Palabras clandestinas*, Madrid, Huerga & Fierro, 2015, 82 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH

Universidad de León

Aun cuando *Del lado de la vida* es una antología que recoge una selección de la obra poética de Manuel Ruiz Amezcua creada entre 1974 y 2014, abarcando por tanto cuatro décadas, procede se subraye que dicha selección resulta de suficiente amplitud para que los lectores estén en condiciones de apreciar con las debidas garantías el mundo poético del autor, con la evolución que en él se manifiesta en el período cronológico antedicho, y con las claves distintivas que lo han ido caracterizando.

La parte última de este volumen está integrada por 18 textos bajo el epígrafe de «Poemas inéditos», textos que, reunidos junto a otros tantos, constituyen los 36 que comprende el conjunto de 2015 *Palabras clandestinas*, en el que constatamos que un par de composiciones procedentes de la selección antológica han reducido sus títulos.

Antonio Muñoz Molina, en el prólogo antepuesto a la antología, subrayaba lo

anómalo de que, durante toda su tan dilatada trayectoria, no hubiese editado Ruiz Amezcua en ninguna de las consideradas editoriales de prestigio para publicar poesía en España. Tan inobjetable como que, al cabo, en 2014, y en contrapunto a ese hecho, la edición de Galaxia Gutenberg haya venido a enmendar *a posteriori* esa contumaz omisión cultural, omisión que ha ido de la mano de otra evidencia convergente y cómplice con la anterior, la de que no conste en el currículum del poeta premio literario alguno.

Ese es el peaje que suele pagar un escritor a cuenta de su alejada independencia personal respecto a círculos influyentes en el poder literario, máxime cuando se trata de poesía. Pero ese precio oneroso conlleva en ocasiones una recompensa si la obra creada es valiosa, pese a que no se la reconozca debidamente, y si el poeta tiene fe en una creación que no se alista a corrientes en boga, y que por tanto va gestándose a contracorriente, por ser muy

genuina, sin que pueda dejar de ser fruto de su tiempo, y de algún modo lo refleje. Así se recompensa el atisbo temprano de una voz muy personal que con los años irá enriqueciéndose en inflexiones, en ramajes y en matices.

Ese crear y seguir creando al margen de corrientes supuso no atender Ruiz Amezcua a los cantos de sirena del culturalismo cuando dio comienzo en 1974, con *Humana raíz*, a su andadura literaria, y supuso igualmente no abonarse luego tampoco al progresivo poder constituyente de la *poesía de la experiencia* que fue impregnando el tejido literario de los ochenta, e incluso de los noventa, desplegándose a partir de entonces un mapa vario en el que se dieron y se siguen dando, entre otras, poéticas abstractas, metafísicas, espiritualistas, neovanguardistas, «comprometidas» en sentido radical, algunas derivadas de las rupturas interiores de la poética de la experiencia.

Al margen de toda esta gama de propuestas, el jienense mantuvo y mantiene su rumbo poético solo obedeciendo a las exigencias que le fue demandando su idiosincrasia personal y literaria en cada fase de su vida y de su literatura. Y esta fidelidad a sí mismo y a su obra puede haber evitado períodos de silencio poético extensos en forma de libro, que no de creación, pues el más dilatado se produjo entre *Dialéctica de las sombras* (1978) y *Oscuro cauce oculto* (1984). Y también pudo propiciar una etapa de continuada comparecencia editorial, como la habida en la mitad primera de los noventa, en la que dará a conocer *Más allá de este muro* (1991),

*El espanto y la mirada* (1992), *Las voces imposibles* (1993) y *Atravesando el fuego* (1996).

Los poetas que de veras lo son, y Ruiz Amezcua lo es, consiguen crear un mundo poético propio, reconocible e inconfundible, un aserto que en el jienense se cumple inequívocamente. Varios calificativos podrían ser asociados a su palabra, a su voz, tras leer sus versos, versos que han de leerse con el detenimiento que ellos mismos reclaman nada más comenzar su lectura.

Su palabra poética, su voz lírica, son hondas, como no ha dejado de ser advertido, y tampoco se ha pasado por alto que son rebeldes y aun radicales en su rebeldía. Igualmente son desgarradas a veces, pero siempre de un modo u otro las identifica la índole moral que las sustenta, resuelta en su virtud en denuncia, una denuncia que va inflexionando al compás de una experiencia de la vida en la que se incluye la de la familia, la del erotismo, y sobre todo la de las dialécticas religiosas, sociales, políticas, así como de la historia, releída, deconstruida y reinterpretada. Lejos de amortiguarse con los años, lo curioso es que esa denuncia crece y se torna más radical con el paso del tiempo.

Entre los pretextos inspiradores de la poesía de Ruiz Amezcua hay que remarcar el del erotismo, plasmado a veces desde la entrega corpórea. Merced al amor se puede salir de un hoyo hasta recaer en el siguiente. También los del desengaño, de la desesperanza y de la desolación, tremenda ésta en no pocos momentos. Asimismo la radiografía de la existencia leída como lodazal en cuyo fango reina el *Homo*

*homini lupus* y chapotea la politiquería andante, contante y sonante. Otro pretexto significativo es la acusadora puesta en cuestión de teologías, idealismos, quimeras y discursos falsificadores de los que las gentes, sobre todo las más míseras, son víctima sin remedio, porque no hay salida a los desafueros crónicos de la historia.

Ruiz Amezcua es poeta de variado registro, tanto por lo que hace a su lenguaje propiamente dicho como a sus ritmos poemáticos. Es vario en su habla porque a lo largo de su obra se vale de una palabra que, siempre emocionada, puede decirse lírica, misteriosa, onírica, visionaria, ontológica, metafísica e incluso metapoética, pero cuando se pronuncia su voz moral, que es la decantación más significativa, entonces lo que domina es el verbo rotundo, lapidario, de gran contundencia en su radicalismo ético y desenmascarador.

Pasajes de dicción oscura no faltan en algún que otro libro, y eran esperables en *Oscuro cauce oculto* (1984), que a mi juicio se halla entre sus mejores libros, pero más a menudo el autor andaluz se inclinará progresivamente por una comunicación vertida en forma clara, directa y densa en la cual un vocabulario desgastado que sonaba a retórica huera recobra su pleno sentido primigenio. Es esa la dicción que necesita el diagnóstico palmario de la realidad que ofrece a los lectores.

En la rítmica varia que encauza su obra puede hallarse raramente el poema en prosa, pero lo más representativo es la alternancia de contornos métricos de tres clases: las que responden a configuraciones discretivas del poeta, y cuyo detal-

le no procede, aun cuando destacaríamos las agrupaciones de cinco versos; las pautas clasicistas del soneto, así como las de adscripción popularizante. En la práctica sonetística destaca desde muy temprano la pericia técnica y constructiva, acrisolada con los años. Pero Ruiz Amezcua no muestra menos consumado dominio al valerse de cuartetas, pareados y despliegues de rima arromanzada. En ocasiones el verso corto favorece la dimensión «honda» de su lírica herida, una hondura que alienta desde el principio y que se hace más profunda con los avatares infaustos del tiempo.

Anotaré por último que acentos, atmósferas, ecos, referencias intertextuales que remiten a lecturas y a admiraciones diversas las encontrará el lector con alguna frecuencia en los conjuntos del jienense. Miguel Hernández está entre las principales ascendencias, en virtud de la señalada identificación del poeta con el oriolano, de quien dice, en el libro de 1993 *Las voces imposibles*, que tiene las marcas «del que estuvo siempre solo/ contra el mundo, frente a frente.» (p. 188).

Son de menos relevancia cualesquiera otras huellas, entre las que cabría nombrar las de Francisco de Quevedo. Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, y Vicente Aleixandre. Ha podido apreciarse el tono bíblico de Ruiz Amezcua en el trasfondo de lo más representativo de su poesía, pero acaso habría de añadirse que en su palabra parece que resuena en ocasiones un ademán de acusación generalizada que trae a la memoria a León Felipe.